aset

ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

Buenos Aires | 13-16 de agosto de 2003

6º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo

Los trabajadores y el trabajo en la crisis

El conocimiento en la conformación de identidades profesionales.

¿Los técnicos una especia en vías en extinción?

AUTOR: MARTÍN A. A. SPINOSA
INSTITUCIÓN DE PERTENENCIA: CEIL-PIETTE CONICET

Introducción

El presente trabajo constituye un ejercicio de reflexión en torno a la relación entre el conocimiento, su construcción y la configuración de la identidad profesional de los sujetos en situación de trabajo.

El papel del trabajo en la construcción de las identidades ha sido objeto de reflexión en los últimos tiempos, fundamentalmente a partir del surgimiento corrientes de pensamiento que han preconizado el fin del trabajo. Desde quienes sostienen estas premisas, la relación entre trabajo e identidad es pensada como una relación históricamente situada en la modernidad y específicamente en el período de consolidación del pacto social fordista y en consecuencia, sería preciso replantear esta relación, a partir de otras actividades humanas que, distintas del trabajo, permitan la construcción de identidades sociales.

Quienes por el contrario disienten de las hipótesis respecto del fin del trabajo, partiendo de la distinción entre trabajo y empleo, piensan al trabajo en tanto estructurador de la acción del hombre en su relación con los otros y con la naturaleza y por tanto indisociable de la definición del hombre mismo. En este sentido el trabajo se reestructura como eje en la construcción de las identidades aún cuando el ejercicio del trabajo se vea obstaculizado por las decisiones de política económica que favorecen la sustitución de trabajo vivo por trabajo muerto.

El estudio de las identidades profesionales se ubica en un plano de entrecruzamiento entre el análisis de la estructura social y la comprensión de las lógicas de los actores sociales individuales y colectivos.

Toda sociedad se organiza a partir de una acción de clasificación que tiende a reducir la complejidad de las diferencias individuales a los rasgos comunes compartidos por un grupo de acuerdo a determinados atributos. "Nadie escapa a las clasificaciones en función de la edad, el sexo, la religión, el estado civil o según cualquier otra variable cargada de valor social. Y los calificativos dados producen efectos reales sobre los individuos" (Rozenblatt. P. 1999). Al interior de las organizaciones productivas, estos actos de clasificación se fundan en las jerarquías y clasificaciones profesionales las que encuentra sustento en las calificaciones con que las personas cuentan y les son reconocidas en ala organización del trabajo mismo.

De este modo, la calificación, el saber puesto en juego en el trabajo, condiciona el lugar que las personas ocupan en las clasificaciones organizacionales y estas clasificaciones, al decir de Rozenblatt en la cita precedente, producen "*efectos reales sobre los individuos*", contribuyen a conformar su identidad en la medida que es desde ese lugar de donde miran y son mirados por los otros.

Partiendo de la base que el espacio de trabajo es un espacio conflictual, un espacio de lucha entre actores con intereses encontrados, este conflicto asume las formas, entre otras, de lucha por el sentido y por el lugar en la estructura organizacional, por la producción, circulación y apropiación de saberes y por la construcción de identidades individuales y colectivas. Es en esta clave que se intentará describir y analizar el caso particular de los técnicos químicos de nivel medio.

Sobre la Identidad profesional:

El concepto de identidad profesional supone en principio la conjunción de dos términos complejos en sí mismos y que han dado lugar recientemente, cada uno de ellos, a numerosos trabajos.

El primero de ellos, el concepto de identidad remite a abordajes y conceptualizaciones múltiples con particularidades disciplinares. Identidad en tanto imagen de sí, en tanto matriz y recurso de acción, en tanto conjunto de rasgos particulares que permiten la distinción entre un yo y un otro. La identidad como actividad de subjetivación que se configura en la relación con los otros y en tanto tal, supone la introyección de las relaciones sociales en las que el sujeto se desenvuelve, en una relación dialéctica entre los intersubjetivo, aquello que es realizado con otros, en la relación con otros, y lo intrasubjetivo la apropiación que cada sujeto hace de su entorno material y de las relaciones sociales que en él tiene lugar.

Si bien la identidad es un proceso de construcción permanente, existen determinados momentos en la vida de los sujetos en los cuales esta construcción se vuelve el centro de la actividad del sujeto. Momento en que tienen lugar hitos significativos (significatividad dada por el entrono social), huellas que incidirán profundamente en las elecciones posteriores. La primera infancia y la adolescencia son momentos cruciales para la construcción identitaria. En estos períodos se resuelven, en el sentido piagetiano del término, conflictos que coronan largos procesos de individuación, los que culminarán con el establecimiento de la autonomía adulta. En el tránsito de la adolescencia y juventud a la adultez, al menos en las sociedades occidentales contemporáneas, el trabajo ocupa un lugar central. El trabajo como dador de ingresos que posibilitan esta autonomía, el trabajo como ámbito de despliegue de esta autonomía e identidad nueva recién conquistada, el trabajo como el lugar desde donde es posible el ser adulto.

Por este motivo, las elecciones que los jóvenes realizan, dentro de un abanico de opciones restringido según los sectores sociales y entornos de pertenencia, conllevan la proyección que hacen de sí y aquello que esperan de los otros.

En el caso que se estudia en el presente trabajo, la categoría de “técnico” surge como resultado de la formación secundaria, en una organización educativa que recibe un niño, que se vuelve casi adulto en el transcurso de la formación y que luego de un primer ciclo de formación general técnica, ha tenido que tomar decisiones respecto de una orientación profesional que los posicionará luego frente al mercado de trabajo, frente a los otros adultos y frente a otras organizaciones educativas.

El segundo de los términos, lo profesional y las profesiones, remite a los problemas planteados por la sociología de las profesiones, la sociología del trabajo y de la empresa, vertientes éstas que han abordado problemas comunes en contextos geográficos y a partir de tradiciones teóricas diferentes (Dubar, C. Tripier, P. 1998).

La posibilidad de definir grupos relativamente homogéneos para sí y para los otros, los que se diferencian a partir del lugar ocupado en la división social y técnica del trabajo y del reconocimiento social que dicho lugar tiene; así como la relación existente entre esta posición social, la estructura social y las trayectorias individuales, adquiere especial relevancia en períodos históricos que como el presente, son el escenario de cambios profundos en la forma de organización social.

Cuándo es posible hablar de profesiones, en qué se diferencian de un oficio, que requisitos deben cumplir los actores para ser considerados profesionales, son preguntas que desde estas vertientes señaladas han encontrado diversas respuestas. En este trabajo se considerará profesional en tanto calificativo de la identidad, a toda construcción originada a partir del trabajo en su sentido amplio.

Hablar de identidad profesional implica en consecuencia, la existencia de una experiencia común en el seno de la división del trabajo, de un reconocerse común con otros y ser reconocido como tal por otros diferentes y finalmente la existencia de un repertorio de acciones potencialmente atribuibles a quienes comparten esta referencialidad.

Un primer problema que se plantea en el estudio de las identidades profesionales es el de su origen. Cuál es el espacio y el tiempo que configura un patrón de referencias comunes en el cual los individuos se identifican.

Los estudios de la cultura de clase y las formas de reproducción de la misma (Willis, P. 1988) (Beaud, S. Pialux, M. 1999); la sociología de la educación, desde sus vertientes reproductivistas (Bourdieu, P. y Passeron, J.C. 1986) hasta las más recientes ligadas a la sociología de la experiencia (Dubet, F.; Martuccelli, D. 1997), así como desde la sociología del trabajo y el estudio de las calificaciones (Dubar, C. 1991) han puesto de manifiesto la necesidad de concebir a las identidades profesionales como una construcción dinámica que se opera en el curso de las trayectorias de vida de los individuos.

Esta construcción es llevada a cabo en distintos espacios y organizaciones de las que los individuos forman parte y deciden acciones, modifican el rumbo en un marco restringido de posibilidades aceptan, rechazan, resignifican su propia imagen y la de los otros, a lo que Dubar (idem) llama “transacciones” subjetivas y objetivas.

El segundo problema que interesa señalar en este trabajo, es el de las dimensiones en las cuales se manifiesta la identidad profesional. Cuáles son los espacios, las acciones, en las que esta identidad profesional es puesta en juego y configura modos particulares de intervención. Esta construcción, fruto de la acción de los sujetos en su relación con los otros y con la organización del trabajo, deviene en fundamento de la acción misma en la medida en que a partir de lo que se cree que se es, de lo que se

supone que los otros esperan y de las resoluciones transitorias de las contradicciones entre el “self” y los otros, los individuos comprometen los recursos de los que disponen para su acción.

Al analizar la actividad en el ámbito del trabajo es posible discriminar tres campos, escenarios o contextos: un contexto económico, uno político y uno tecnológico. En el campo económico la acción de los sujetos se funda en la disputa por la distribución del producto generado por el trabajo mismo; el campo político remite a la distribución del poder, las formas de representación y delegación, las clasificaciones y el valor atribuido a las mismas. Finalmente, el campo tecnológico, es el espacio en el cual se ponen en juego las tareas, la organización del trabajo y las decisiones respecto del mismo.

La delimitación de estos tres contextos no implica que las acciones se desarrollen en cada uno de ellos por separado. Por el contrario, la predominancia de alguno no es más que la materia sobre la cual se desenvuelve el conflicto, llevando implícita las tensiones sobre el resto de los escenarios posibles.

Ahora bien, esta acción conflictual que se despliega en contextos específicos e incluyentes al mismo tiempo, no puede pensarse como mera respuesta, ni reducirse a las conductas observadas sino que supone la existencia de razones, interpretaciones, esquemas de pensamiento, saberes que las fundan y dan sentido.

Retomando entonces, lo que se señaló párrafos antes, las disputas y contradicciones en los campos político, económico y tecnológico al interior de las organizaciones productivas son también expresiones de la lucha por el sentido, por el saber y por la identidad de los sujetos individuales y colectivos intervinientes.

Esta lectura es la que se intentará en el presente trabajo. El saber en la construcción de la identidad profesional. El conocimiento en tanto fundamento de la acción que manifiesta los conflictos del trabajo en escenarios específicos, en los cuales se disputa el sentido del trabajo en sí y la identidad de los actores.

La existencia de una identidad profesional no es de por sí un dato dado sino, en el mejor de los casos, una hipótesis que requiere de confrontación empírica.

El caso de los técnicos:

El término técnica o técnico define una multiplicidad de situaciones. La técnica en tanto habilidad para hacer algo o método; la técnica o lo técnico como sinónimo de artefacto, opuesto a lo humano; como aplicación de un saber científico. El uso de la categoría de técnico para definir una determinada profesión, comparte esta polisemia propia del lenguaje cotidiano. Se trata de una certificación escolar, de un puesto de trabajo y una forma de clasificación instituída en los regímenes regulatorios y se trata asimismo de una forma de conocimiento y de saber particular.

En tanto certificación educativa, la categoría de técnico es el resultante de una determinada propuesta curricular. En nuestro país la formación técnica se imparte en el segundo y tercer nivel de enseñanza (secundaria técnica o polimodal y formación terciaria técnica). El surgimiento de esta modalidad data de fines del siglo XIX con la creación de la Escuela Técnica Otto Krause y se consolida en el período de sustitución de importaciones iniciado en 1945.

En este período, al amparo de la creciente industrialización de la producción y de la masiva incorporación al mercado de trabajo de nueva fuerza de trabajo, se desarrolla todo un sendero educativo destinado a la formación vinculada al mundo industrial, que se inicia con el Contrato de Aprendizaje, sigue en las escuelas fábricas, la formación profesional y las Escuelas Técnicas de la Nación y culmina con la creación de la Universidad Obrera Nacional. (Pineau, 1991)

La enseñanza técnica de nivel medio se hallaba organizada en diversas especialidades e implicaba el tránsito por seis años de escolaridad con jornada completa. Los tres primeros de un ciclo común y tres de un ciclo superior orientados según la especificidad (construcciones, electricidad, electrónica, mecánica, química, automotores, entre otras). Estas especialidades fueron modificándose acompañando de alguna manera la diversificación de la estructura productiva.

El currículum se hallaba dividido en dos grandes bloques. El primero constituido por las asignaturas académicas de formación general comunes al conjunto de la enseñanza media (historia, geografía, matemática) y tendientes a la formación ciudadana; las asignaturas propias de la modalidad técnica, comunes a todas las especialidades (dibujo técnico; organización industrial) y las referidas a cada especialidad en el ciclo superior. El segundo bloque estaba organizado a partir de la

práctica de "taller". Al igual que en bloque anterior, el ciclo básico contenía una formación polivalente en destrezas y habilidades manuales sobre diferentes materiales y en el ciclo superior, las prácticas se orientaban a cada especialidad.

La experiencia de la formación implicaba un pasaje por la práctica y por la teoría, que independientemente de los fundamentos epistemológicos y los supuestos respecto del aprendizaje (es decir, si es la práctica la aplicación de los conceptos teóricos bajo un supuesto deductivista del conocimiento; o si es la práctica la fuente de construcción del saber teórico más abstracto, lo que supone un camino inductivo o constructivista) era conformador de un lenguaje y una experiencia vinculada tanto al saber hacer como al saber científico.

Al mismo tiempo, los "otros" presentes en la organización escolar, docentes y maestros de taller, eran en su mayoría técnicos y trabajadores en el sector industrial, lo que aseguraba la transferencia de experiencias de vida laboral cercanas a las que, con posterioridad, tendrían los alumnos al insertarse en el lugar de trabajo.

El dominio por parte de los técnicos en formación de estos dos mundos, el del taller y el conocimiento científico; el de la teoría y el de la práctica, permitía el desarrollo de una particular forma de acercamiento con el mundo del trabajo dada por la especificidad de un saber técnico, capaz de articular ambas formas de racionalidad y de lenguaje.

En la evidencia empírica recogida en el caso de los técnicos químicos, este saber técnico se expresa en palabras de los actores como *"una mirada técnica"* o bien como dice un técnico empleado en el área de laboratorio de una empresa de biotecnología: *"yo trabajo con todos profesionales (de formación universitaria), y en muchas cosas no hay diferencia entre lo que ellos pueden hacer y lo que yo hago, pero cuando se trata de verificar un aparato o de instalar determinado procedimiento, ahí se ve que hace falta un técnico".*

El segundo sentido al que se hizo referencia, el del técnico como forma de clasificación profesional en la organización y división del trabajo, define una figura particular, que es la de los cuadros medios.

Estos cuadros medios, constituyen una categoría que se sitúa entre los obreros y los ingenieros. Que comparte en algunas ramas la adscripción a los convenios colectivos

de trabajo, junto a los obreros (como es el caso de los convenios del Sindicato de Luz y Fuerza o de Farmacia) y que en otros se halla fuera de convenio, es decir más ligado a los sectores de dirección de la empresa.

En términos clasificatorios, los técnicos ocupaban los puestos de cuadros medios (capataces y supervisores), las áreas de mantenimiento y las oficinas técnicas de las empresas industriales. Esto constituía el punto de partida de su trayectoria laboral, la que podía culminar en jefaturas de áreas o de sector.

Al mismo tiempo, conformaban una parte importante del sector cuentapropista. Sector que en Argentina, y a diferencia de otros países de América Latina, procuraba en muchos casos, mejores salarios y oportunidades de crecimiento profesional que los empleos en relación de dependencia (Gallart y otros, 1991)

Los estudios sobre los perfiles profesionales técnicos tanto a nivel nacional (Gallart, 2002) como internacional (Campinos-Dubernet, M. 1995), los definen como una categoría intermedia que se sitúa en una interfase entre concepción y ejecución del trabajo, permiténdoles asimismo trayectorias de movilidad profesional ascendente y calificante.

En el trabajo de campo realizado, gran parte de los jefes de sector y directivos desempeñando funciones de mando y de concepción, comenzaron su carrera profesional como técnicos. En algunos casos, sobre todo en las empresas más grandes, este inicio en la carrera profesional fue acompañado por una formación universitaria que no resultaba excluyente al momento del a promoción. En el caso de las empresas más pequeñas, es frecuente encontrar técnicos en estas funcionas que no realizaron luego una formación superior y en algunos casos de quienes dependen en la actualidad jerárquicamente, profesionales universitarios.

Finalmente, se hizo referencia al saber técnico. En términos de naturaleza del conocimiento propio de los técnicos (aunque estas distinciones no son exclusivas de los mismos), es preciso partir de una distinción entre un saber, un saber hacer, y un saber ser. La primer categoría remite a los conocimientos teóricos, sistemas de conceptos y apreciaciones generales que son puestos en juego en el trabajo. El saber hacer, conceptualizado por Mercier (1985) como un proceso dialéctico de conocimiento de lo técnico (en sentido instrumental) y de apropiación y puesta en juego de conocimientos en un sistema social dado. Resulta de la abstracción de las

leyes y lecciones dadas por la experiencia particular del trabajo. La otra faceta del saber hacer se halla en el proceso de producción mismo y se opone en este sentido al conocimiento técnico y científico pues actúa como regulador social y técnico del proceso de trabajo.

El saber ser, remite por su parte, a las actitudes y comportamientos que son esperables para los individuos en el espacio de trabajo, vinculado con el concepto de socialización profesional.

En el trabajo los distintos tipos de saberes se hallan presentes en diferente medida. La primacía de alguno de ellos, permite definir perfiles profesionales típicos. Un perfil profesional en el que priman, en la intervención, los saberes de tipo general y científicos. Las situaciones de trabajo son difícilmente codificables y se refieren a objetos complejos y multidimensionales. Un perfil técnico cuya intervención combina el saber técnico con el saber hacer. Este perfil se halla influido por la división del trabajo y las situaciones de trabajo presentan un alto grado de modelización. Finalmente, un perfil polifuncional que combina tareas de diferente naturaleza y función, pero todas ellas ligadas al predominio del saber hacer.

Una de las características que definen este perfil técnico es la relación con los instrumentos. Más precisamente, la transformación de los artefactos en instrumentos (Rabardel, 1998) y la producción, en consecuencia, de esquemas de pensamiento y de uso que permiten descubrir la naturaleza del funcionamiento de los artefactos, las propiedades de los materiales y las condiciones en las que estos procesos de transformación son llevados a cabo.

Esta característica, es central en la medida que implica la posibilidad de tránsito entre una forma de conocimiento y otro. Entre el saber hacer, propio de la experiencia de relación con los instrumentos y los materiales a ser transformados, y el saber científico, general, abstracto y potencialmente aplicable a contextos más diversos.

Los cambios observados

El estudio llevado a cabo para el caso particular de los técnicos químicos permite señalar la existencia de profundas heterogeneidades en las organizaciones productivas en cuanto a las formas de organización del trabajo y de clasificación. (Testa, J.; Figari, C.; Spinosa, M. 2000)

En el caso estudiado, se presenta una tendencia manifiesta, en las políticas de reclutamiento de personal, a tomar técnicos para el desempeño en puestos de operación de máquinas. Estos puestos, automatizados y controlados con sistemas informáticos, pueden ser desempeñados tanto por técnicos de distintas especialidades, como por operarios experimentados sin formación técnica.

Al mismo tiempo, los puestos de supervisores son ocupados por ingenieros y profesionales con formación universitaria.

En este contexto, las posibilidades de movilidad profesional de los técnicos se hallan truncadas en la medida que no posean una certificación académica de nivel universitario.

En lo que hace al sistema educativo, el establecimiento de la educación polimodal, en el marco de la reforma educativa, implementado en algunas de las jurisdicciones, ha homogeneizado las certificaciones y las experiencias educativas por las que transitan los jóvenes.

El espacio de taller se ha reducido considerablemente cuando no ha desaparecido, las asignaturas específicas tienen menos importancia frente a las de contenido general y sobre todo, no es posible dar cuenta de experiencias homogéneas en la medida que gran parte de las definiciones respecto de la formación se han tomado al nivel de las organizaciones educativas, no habiendo podido las respectivas áreas de planeamiento y gobierno del sistema educativo, dar homogeneidad alguna.
Esta heterogeneidad y fragmentación de las propuestas educativas, observa su correlato en las certificaciones académicas.

En otro orden, la contracción del mercado de trabajo en general y particularmente del sector industrial ha hecho que la mayoría de los docentes que se desempeñan en el nivel medio o polimodal, no hayan pasado recientemente por la experiencia de trabajo en la industria, contribuyendo de este modo a la reproducción de una “cultura escolar”.

Conclusiones

Al inicio se señalaba la necesidad de una experiencia común, de un marco de referencias construidos tanto en los espacios de formación como en los espacios de trabajo para poder dar cuenta de una identidad profesional.

La evidencia empírica tanto de las organizaciones productivas como de los espacios de formación, pone en duda la posibilidad de construirla a partir de la heterogeneidad de las organizaciones y revela las tensiones en las que se ve envuelta esta categoría profesional.

Tensión que se expresa al interior de las organizaciones productivas:

a) entre las formas de clasificación profesional (la ocupación de los técnicos de puestos de operarios) y los requerimientos de certificaciones de nivel medio o polimodal para ocupar los puestos;
b) entre la necesidad y requerimiento de compromiso de los trabajadores por parte de la empresa y la dificultad de generar al interior de las mismas trayectorias de movilidad ascendente;
c) al interior de la misma categoría profesional entre los técnicos que aún ocupan puestos con reconocimiento de técnico, en general de apoyo o asistencia a la producción (como es el caso del laboratorio en química o de mantenimiento en mecánica) y quienes se desempeñan en la producción en sí,
d) y finalmente una tensión generacional, en la medida que los recorridos señalados para los más jóvenes son significativamente diferentes de los trabajadores con más antigüedad, poniéndose en duda la posibilidad y el valor del conocimiento construido en la experiencia de trabajo.

Al interior del espacio de formación,

a) entre los objetivos terminales de cada modalidad orientada y la falta de especificidad de los contenidos;
b) entre las referencias construidas como meta de la formación en el imaginario social y la experiencia cotidiana de alumnos y docentes;
c) entre los objetivos orientados a la formación profesionalizante para la inserción ocupacional y los propedéuticos definidos para la consecución de estudios posteriores.

Frente a estas contradicciones al interior de cada organización y las que existen entre unas y otras, los individuos se ven interpelados por múltiples miradas que atribuyen o esperan en este caso del técnico, saberes y acciones diferentes y para las cuales a su vez, no es posible definir un conjunto de recursos comunes disponibles por cada uno de los individuos aparentemente portadores de una identidad común.

Las transacciones en los términos que define Dubar (idem) parecen en consecuencia difíciles de homogeneizar en la medida que el contenido de las mismas se diversifica a partir de las singularidades exacerbadas de cada experiencia.

La pregunta que subtitula este trabajo parece encontrar una respuesta afirmativa. Al menos la identidad profesional de los técnicos tal como la conocimos en la Argentina se diluye en un sinfín de experiencias diversas. La pregunta que urge hacer, continuando con la metáfora ecológica es ¿no habremos de tener que construir reservas artificiales para generar lo que nos hemos ocupado de extinguir?.

Bibliografía

Beaud, S. Pialux, M. Retour sur la condition ouvrière. Fayard. Paris1999

Bourdieu, P ; Passeron, J.C. La Reproducción. Siglo XXI. 1986

Bouffartigue, P. De l'ecole au monde du travail. La socialisation proffessionnelle des jeunes ingénieurs et techniciens. L'Harmattan. Paris. 1994

Campinos-Dubernet,m. Diversidad de competencias obreras y estandarización de la foprmación profesional. Calificaciones y Empleo. Documento de Trabajo Nº 7. PIETTE del CONICET. 1995

Dubar, C. La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles. Colin. Paris. 1991.

Dubar, C. Tripier, P. Sociologie des profesions. Colin. Paris. 1998

Dubet, F.; Martuccelli, D. En La escuela. Sociología de la experiencia escolar. Losada. BS . AS. 1998.

Eyrand, F.; Jobert, A.; Rozenblatt, P.; Tallard, M. Les classifications dans l'enterprise : production des hièrarches et salaries. Ministere du Travail, de l'emploi et de la formation professionnelle. Paris. 1989

Gallart, M.A.; Moreno, M.; Cerrutti M. Los trabajadores por cuenta propia del Gran Buenos Aires. CENEP. BS. AS. 1991

Gallart, M.A. Veinte años de educación y trabajo. Cinterfor. Montevideo. 2002.

Pineau, P. Sindicatos, estado y educación técnica (1936-1968) CEAL Bs. As. 1991

Willis, P. Aprendiendo a trabajar. Akal. Madrid. 1983.

Rabardel, P. Les hommes y les technologies. A. Colin. Paris 1998.

Testa, J.; Figari, C.; Spinosa, M. Cambios en los perfiles profesionales de los técnicos en la industria química. Presentación al 5º Congreso de ASET. Bs. As. 2000.